

Tahar Ben Jelloun

El islam que da miedo

Traducido del francés por
Malika Embarek López

Alianza Editorial

Título original: *Cet islam qui fait peur*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Tahar Ben Jelloun, 2015

© de la traducción: Malika Embarek López, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9104-054-5

Depósito legal: M. 8.386-2015

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- 19 Soledad del intelectual de cultura musulmana
que vive en Europa
- 29 ¿Debemos tener miedo del islam?
- 79 Leer el Corán
- 97 Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía
- 109 ¿Cuál es la solución?

INTRODUCCIÓN

CUALQUIER PAÍS DE Europa es hoy objetivo potencial del terrorismo que actúa en nombre del islam. La opinión es casi unánime: se han desviado el sentido, los valores y el ideal del islam, como religión y como cultura. Esa desviación se denomina islamismo radical, es decir, el hecho de arrastrar al islam hacia unas interpretaciones criminales que no tienen nada que ver con la fe ni con el culto monoteísta, hacia una lectura que fundamenta el islam en el odio, la venganza y la guerra.

España no había cometido ninguna blasfemia contra el profeta, y, sin embargo, la atacaron con dureza la mañana del 11 de marzo de 2004, cuando una decena de bombas estallaron en unos trenes de

cercanías, con un resultado de 191 muertos y 1.858 heridos. El mundo civilizado se despertó presa de un horror absoluto, réplica del perpetrado por Al-Qaeda el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York.

Tras España, le llegó el turno a Gran Bretaña, el 7 de julio de 2005: unos atentados suicidas en el metro y autobús que se saldaron con 56 muertos y 700 heridos. De nuevo el islam fue señalado como ideología de muerte y barbarie. Por mucho que los musulmanes, en su aplastante mayoría, se indignen y condenen esos atentados, el islam perdura en el imaginario popular como sinónimo de violencia y miedo.

En varios países de Europa se conseguiría desbaratar otras tentativas de atentados. Pero con las matanzas en París de *Charlie Hebdo*, el 7 de enero de 2015, y la del supermercado *kosher*, dos días después, en Vincennes, en las que 17 personas murieron y 12 resultaron heridas, ya no se sabe de dónde vendrán los golpes ni quiénes serán sus víctimas. Lo que sí es seguro es que el terrorismo, en nombre de un islam pervertido, ha declarado la guerra a Europa, considerada territorio de infieles.

En realidad, el problema no es sencillo. No se trata de la lucha de la virtud contra el vicio, sino más bien de un castigo. Se castiga a una prensa libre que no respeta la religión; se castiga la laicidad que reina en Francia desde 1905, cuando se separó la Iglesia del Estado. Confunden el laicismo con el ateísmo, con el rechazo de las religiones. Castigan a los Estados que no han sabido acoger ni dar una oportunidad a los jóvenes descendientes de los trabajadores inmigrantes. Castigan a Occidente por ser aliado y cómplice de Estados Unidos, con su apoyo inquebrantable a Israel que masacra a los palestinos a su antojo y sigue impune. Castigan por el fracaso escolar, por las actitudes racistas a la hora de contratar en un empleo, por el paro especialmente elevado en los barrios periféricos (que en Francia es del orden de un 45 por ciento, mientras que la media nacional ronda el 10 por ciento). Castigan porque esos chicos sobreviven en la miseria con trapicheos y sin futuro, en París o Londres; o en Ceuta o Melilla, donde el musulmán es percibido como el *moro* que molesta y que nunca ha sido aceptado en España, a pesar de su historia común con los árabes y los musulmanes.

Se da, pues, una mezcla de motivos y razones, además de una dosis de odio gratuito, en esas vidas fracasadas, miserables, sin futuro, sin destino, sin causa. Asistimos al auge del yihadismo, con sus acciones espectaculares hasta el extremo de confundirlas con los videojuegos que aparecen en la pantalla ante la que se sienta el joven desempleado, ya sea en el barrio del Príncipe Alfonso, en Ceuta, en Lunel o en Clichy-sous-Bois, a las afueras de París. El chico mira, observa, traga imágenes a una velocidad terrorífica, participa y se sorprende viéndose protagonista en esa escenografía. Su mente está abierta a cualquier aventura. Y da la casualidad de que los militantes de la yihad andan cerca, están sobre el terreno, saben hablar, saben convencer a esa juventud perdida. Ni siquiera se trata de miseria material, sino más bien de miseria cultural, afectiva, existencial. Tampoco es casual que Mohamed Hamdouch, llamado «Kokito», nacido en Fnideq (Castillejos), en el norte de Marruecos, a unos kilómetros de Ceuta, se hiciera filmar en Siria con unas cabezas decapitadas a sus pies. Cumplió su sueño. Dejó

de ser un espectador de la violencia orquestada: se había convertido en su actor principal, orgulloso de haber asesinado y degollado a unos inocentes.

Hoy, los viveros de captación de terroristas se multiplican. Ni España ni el resto de Europa saben cómo combatir esa plaga que azota Ceuta y Melilla, Marsella, Bruselas, Roma o Berlín... Algunos candidatos a la inmigración clandestina han cambiado de proyecto: Irak, Siria, la yihad los atraen más que la travesía incierta del mar y la perspectiva de que los manden de vuelta.

Esos desesperados son carne de cañón para la yihad. Dinero, redes, intermediarios y, sobre todo, el discurso ideológico. Responsabilizan a Europa de su infortunio. Tienen que marcharse, a Libia y a los países donde reina el autoproclamado Estado Islámico (EI) o Daesh¹, y luego regresar a dar unas cuantas lecciones a esa Europa arrogante.

¹ Daish corresponde a las siglas en árabe de *ad-Dawla al-islamiya fi al-Iraq wa as-Sham* (Estado Islámico en Irak y Levante), que los medios de comunicación han adoptado según la fonética anglosajona, Daesh (N. de la T.).

España ya no está a salvo. Ni Bélgica, ni Inglaterra, ni Dinamarca. El terror ha ganado terreno. Francia está traumatizada. Y a la vez se da cuenta de que el mal existe desde hace tiempo en esos barrios marginales; no ha hecho nada en concreto para evitar que ese mal se desarrolle y desemboque en la situación enmarañada en la que se halla actualmente.

Se habla de 15.000 jóvenes europeos, bien convertidos al islam, bien musulmanes de nacimiento, que lucharían en las filas del llamado Estado Islámico. Unos retornarán a Europa, otros continuarán combatiendo a las órdenes de antiguos generales iraquíes que habían servido con Sadam Husein.

El plan de establecer un califato islámico en una parte del mundo no es una broma. El Estado Islámico, el Daesh, se ha beneficiado de ayudas múltiples. Algunos países lo han financiado y armado. Quizá Qatar, en particular, aunque no existen pruebas; sólo hipótesis, indicios. No olvidemos que tras la guerra contra la Siria de Al-Asad está la guerra entre suníes y chiíes. En nom-

bre del islam suní, Al-Bagdadi combate contra los chiíes de Irak y Siria.

¿Qué tiene que ver todo esto con Europa?

Es otra vertiente de la guerra, pues el islam está presente en Europa, y los fanáticos intentan que éste no se contamine con la laicidad, la libertad, la modernidad.

I

SOLEDAD DEL INTELLECTUAL
DE CULTURA MUSULMANA
QUE VIVE EN EUROPA

PROFUNDA SOLEDAD LA del intelectual de cultura musulmana que debe hacer malabarismos entre la libertad de conciencia de la que disfruta en Europa y su pertenencia a la comunidad islámica que le impide ejercer dicha libertad.

Todo lo asociado con el islam se ha convertido en una cuestión trágica. ¿Se habrá vuelto tan vulnerable ese islam? A la menor chispa, salen a la calle unas muchedumbres fanatizadas, histéricas, quemando banderas y efigies de jefes de Estado europeos.

Te entran ganas de decirles: «¡Que no cunda el pánico, sólo es un dibujo! El profeta no está en esa caricatura, él es un espíritu, es algo superior, impo-

sible de cernir, y su belleza y su humor, imposibles de restituir. ¡No lo coloquéis en un nivel tan bajo!».

Discurso inaudible. La *umma islamiya* abarca a todos los musulmanes, tanto a los buenos como a los malos. No te puedes salir de la comunidad. Naces musulmán y musulmán mueres. Salirse del islam es una ruptura que cuesta cara. La apostasía espera al final del camino. Dios castiga al apóstata. Aunque en esta Tierra no esté prevista la condena para el que reniega de la religión musulmana, unos Estados se encargan de castigar aquí: a muerte o a la indignidad cívica. Pero ya se sabe: lo propio de las muchedumbres es la sordera y la ceguera.

Un día, al final de una conferencia que di en la Universidad de Fez, un estudiante se levanta de entre el público y me pregunta con brusquedad:

—¿Cree usted en Dios?

Guardo un instante de silencio y le contesto:

—Ésa es una pregunta indiscreta y no tengo por qué responderla.

Rumores, comentarios malhumorados en el anfiteatro. Me doy cuenta de que estoy ante un

tribunal improvisado. Me pongo a hablar al público de la libertad de conciencia, del derecho de cada cual a practicar en privado su creencia o su no creencia, de la libertad de elegir la vida y la soledad que quieras llevar. Todo inútil. Mi discurso choca contra varios muros resistentes. Inadmisible. Inaceptable.

Alguien grita:

—¡Eres ateo y no te atreves a confesarlo!

—Usted no me va a arrastrar a esa trampa². Reivindico la libertad de mantener el hecho religioso en privado y de no compartirlo con nadie.

Abucheos, silbidos en la sala. ¡Menuda he armado! El decano me saca de allí por una puerta trasera y me dice que me vaya de Fez, mi ciudad natal, esa misma noche.

Este incidente es antiguo. Lo sitúo entre las primeras manifestaciones de intolerancia religiosa en Marruecos. Corría el año 1977...

² En Marruecos está perseguido por ley declararse ateo públicamente (N. de la T.).

Desde entonces, no he dejado de pensar en el islam, de reflexionar sobre él, de leer sus textos y sus glosas. Del mismo modo que me emociona en lo más hondo la belleza del texto coránico, a veces también me producen miedo algunas aleyas y los castigos reservados a los no creyentes, a los que dudan o a los politeístas.

Fue mi padre quien intentó liberarme de esos miedos: seguramente dudaba de mi constancia en la práctica de ese islam omnipresente. Me dijo un día: no tienes que rendir cuentas a nadie en esta Tierra. Eres responsable de tus actos ante Dios. Si te portas mal, hallarás el mal; si te portas bien, hallarás el bien. Lo importante es ser digno, honrado, justo; cumplir con la palabra dada, respetar a tus padres, a tus maestros; obrar con rectitud, solidaridad, fraternidad. En cuanto al resto, ya verás, Dios es grande en su misericordia.

En estos últimos treinta años, el islam se ha convertido en protagonista de la vida política y social de Francia, y de Europa.

Gracias al laicismo, he descubierto un ámbito de libertad que no existe en ningún país musul-

mán, ni siquiera en Turquía, un Estado en principio laico, aunque cada vez menos.

Ese valor es una marca de civilización. La separación del Estado y de la iglesia, del Estado y de la sinagoga, del Estado y de la mezquita no es algo negativo. Por el contrario: es una muestra de respeto hacia las religiones.

Al islam le cuesta aceptar el principio del laicismo. Algunos musulmanes se adaptan a éste, otros no entienden el sentido de esa separación. La laicidad conlleva la libertad de expresión. A partir de ese postulado, dicha expresión carece de límites. Nos guste o no, debemos admitir que quienes se expresan con palabras, con el verbo, el dibujo, la caricatura, la poesía, son seres libres, absolutamente libres.

Cuesta aceptar ese principio: la libertad de expresión es total. Los millones de inmigrantes que trabajan en Europa no están acostumbrados a ver y a oír blasfemias. No forma parte de su cultura. Mientras la blasfemia se refiera a cristianos o judíos, no le prestan mayor atención. Ahora bien, cuando el diario danés *Jyllands-Posten*, el 30 de